

La España de hoy desde una perspectiva histórica

I. Introducción y agradecimientos

Agradezco a la Universidad Católica Juan Pablo II de Lublin la invitación a esta jornada que lleva por título toda una declaración de amor "España en nuestros corazones". "De la abundancia del corazón habla la boca", nos dicen las Escrituras. Percibo que en estas aulas se cultiva el estudio de lo español con perseverancia, delectación y mimo.

Mi agradecimiento más singularizado, si se me permite, lo es para el profesor Cezary Taracha. Visité esta universidad por vez primera en abril y pude apreciar su tesón y su entusiasmo contagioso. Es usted inasequible al desaliento y eso le honra. Confío en que sabrá encontrar siempre en la Embajada de España en Polonia esa mano amiga, ese báculo fiable y firme en que apoyarse para seguir alimentando el hispanismo en Lublin.

Comparto cartel esta mañana con el propio profesor Taracha y con el Dr. Pablo de la Fuente, compatriota que con su buen hacer insufla savia nueva a esta cátedra; lo hago también con la profesora Cristina González Caizán, quien les presentará su obra "Por Napoleón en España. Los soldados polacos en los sitios de Zaragoza (1808-1809)" con la introducción de su colega el Dr. Jan Ciechanowski, quien por cierto trabaja sobre un episodio oscuro de la presencia polaca en España, en concreto, sobre la estancia de unos centenares de nacionales polacos en un campo de prisioneros en Miranda de Ebro con ocasión de la guerra civil española.

Saludo igualmente al doctorando Marcin Karkut, que disertará sobre las máximas para la guerra del Marqués de la Mina, un hijo de la Ilustración. El señor Karkut apunta las mejores maneras. Es todo un placer.

II. Objeto de la disertación y una primera aproximación descriptiva/valorativa de la España de hoy

He dado en titular la intervención "La España de hoy desde una perspectiva histórica". Mi intención es hablar de una realidad palpitante y dinámica llamada España que hunde sus raíces en la Edad Antigua; una realidad histórica que ha pasado por etapas arduas y prometedoras, esplendorosas y agónicas, radiantes y fraticidas.

"España del bisonte...donde Ulises descendió a la casa de Hades...España del íbero, del celta, del cartaginés y de Roma...de los duros visigodos de estirpe escandinava...España del Islam, de la cábala y de la Noche Oscura del Alma...de los inquisidores...de la larga aventura que descifró los mares... de la otra guitarra, la desgarrada...de los patios...de la piedra piadosa de catedrales y santuarios...de la hombría de bien y de la caudalosa amistad...del inútil coraje, de multiplicadas generaciones...incesante y fatal". Estos versos entrecortados del poema "España" de Jorge Luis Borges nos dan una pauta sinfónica para entrar en materia.

Me centraré, según lo anunciado, en la España de hoy: una España que titila, algo febril, ensimismada en su hipertensión, pendiente de los ritmos de sus sístoles y diástoles y con síntomas de atrofia en algunas extremidades que le impiden emplearse sin rémoras en causas más generales. La sociedad española de hoy da señales a un tiempo claras y equívocas: exhibe vitalidad y potencia deportiva, rezuma creatividad -no siempre del mejor

gusto- puede ser amable y ríspida y se asemeja a una corrala bulliciosa donde se entremezclan lisonjas e invectivas; no reposa, no medita, no contempla, no mira atrás sin ira. Vivimos atrapados en una contradicción existencial, incómodos en nuestra propia piel, nos gustamos y no nos gustamos, pasamos sin solución de continuidad de la exaltación al denuesto en un “roller-coaster” vertiginoso.

Tales alteraciones, de darse en un ser humano, podrían diagnosticarse como esquizofrenia. En un conjunto social como el español nos las habemos, mutatis mutandis, con una dualidad que erupciona de manera virulenta cada cierto tiempo por el efecto de una suerte de cruce de miradas jupiterianas entre las dos caras de un Jano volteado.

El verso de Antonio Machado “españolito que vienes al mundo, te guarde Dios. Una de las dos Españas ha de helarte el corazón” se convierte así en un ritornello o estribillo de una obra incapaz de desarrollarse, pese a los cambios de tempo, como un poema sinfónico lineal.

III. La historia como calzada que conviene repasar

La historia de España está jalonada de hitos y de nombres ilustres. No me resisto a pronunciar algunos de ellos: los daguerrotipos prehistóricos de Atapuerca y Altamira; los toros de Guisando; la Tartessos de Argantonio; la Dama de Elche; la Itálica famosa a la que cantó Rodrigo Caro en endecasílabos alegóricos para cualquier tiempo de depresión (“Estos, Fabio, ¡ay, dolor! que ves ahora campos de soledad, mustio collado, fueron un tiempo Itálica famosa”); Roma bética, tarraconense y lusitana; la Lex romana-visigothorum; el Concilio de Toledo de 589 por el que el Reino visigodo con Recaredo a la cabeza renunció al

arrianismo y abrazó el catolicismo; Guadalete, Córdoba, las taifas, el Reino nazarí de Granada, la "pérdida y recuperación" de España en la reconquista; la Santa Inquisición; los Reyes Católicos, Isabel y Fernando, tanto monta, monta tanto; el descubrimiento y la conquista de las Indias que entraron a formar parte de pleno Derecho de las Españas; la circunnavegación del orbe; la idea imperial de Carlos V; la Monarquía Católica de Felipe II; el Siglo de Oro; la decadencia, que marcó el tono vital mustio y desengañado de tantas generaciones; la guerra de Sucesión tras la muerte de Carlos II, el Hechizado; la Ilustración; las abdicaciones de Bayona, la guerra de la independencia y la constitución liberal de 1812, la "Pepa"; las independencias americanas; el guerra-civilismo del XIX entre absolutistas y liberales, entre moderados y progresistas, transido de Kulturkampf; la restauración, el regeneracionismo, Cuba, Puerto Rico y Filipinas; el turnismo estéril; la dictadura de Primo de Rivera; la Edad de Plata; la Segunda República, la guerra civil y Franco; la reconciliación nacional con el "consenso del 78".

Todas estas baldosas y otras muchas que no caben en este relato conforman nuestro particular paseo de la fama. Gustarán más o menos, pero no pueden ser ignoradas. Toda nación necesita asumir su historia, lo que no significa endosarla, y volver una y otra vez sobre ella "sine ira et cum studio". Sólo así encontrará los puntos de apoyo más convenientes para poder adaptarse a los tiempos aunando el gusto por la modernidad –siempre distinta, siempre nueva- con la preservación de las esencias propias. De lo contrario, nos arriesgamos a romper de manera irreversible todo vínculo afectivo e intelectual con un pasado compartido. Lo fiaremos todo si acaso a la estirpe, a la tribu y al terruño como los individuos de vuelo rasante que se nutren de

estereotipos y tienden a despreciar cuanto ignoran. Las sociedades que desdeñan su pasado pagan un alto precio: la enajenación.

IV. La leyenda negra en la raíz del desafecto de muchos españoles por su Patria

En los siglos XVI y XVII España alcanzó el pináculo del orbe. “Dios es español” decían por entonces quienes admiraban la azarosa arribada de las carabelas de Colón a La Española y su posterior llegada al continente americano, las hazañas de Cortés en México, las de Pizarro en el Perú, el descubrimiento del Mar del Sur por Núñez de Balboa (momento encumbrado por la prosa diáfana y penetrante de Stefan Zweig como uno de los estelares de la humanidad), el desempeño de los Tercios de Flandes en Europa, la mística de Teresa de Cepeda y de Juan de Yepes y la pléyade de cumbres en la prosa, la poesía, el drama, la arquitectura, la talla y la pintura.

No faltaban razones para el pasmo ante aquella España seminal y fundacional, madre de naciones mestizas, de órdenes religiosas, de escuelas de pensamiento y manantial tridentino merced a las aportaciones de Domingo de Soto, Diego Laínez o Melchor Cano.

No es por tanto de extrañar que esa posición de privilegio, envidiable y envidiada, diera con el surgimiento de una propaganda a la contra que se conoce como “leyenda negra”.

“Por leyenda negra entendemos el ambiente creado por los fantásticos relatos que acerca de nuestra patria han visto la luz pública en casi todos los países; las descripciones grotescas que se han hecho siempre del carácter de los españoles como individuos y como colectividad; la negación o por lo menos la

ignorancia sistemática de cuanto nos es favorable y honroso en las diversas manifestaciones de la cultura y el arte; las acusaciones que en todo tiempo se han lanzado contra España, fundándose para ello en hechos exagerados, mal interpretados o falsos en su totalidad...”

Esta definición se la debemos a Julián Juderías, funcionario del Ministerio de Estado, políglota, y autor en 1913 de una obra intitulada “La leyenda negra y la verdad histórica”. Juderías pone el dedo en la llaga cuando denuncia “el eco que la leyenda encontró -y aún encuentra- en la propia España”.

V. El problema del independentismo en Cataluña: un problema crónico y un contradiós

De manera consciente o inconsciente, la leyenda caló tan hondo entre algunos compatriotas contemporáneos de Juderías hasta el punto de que brotaron tesis trufadas de supremacismo y racismo. Sus autores (Sabino Arana, Pompeu Gener...) parieron esos engendros al calor del darwinismo político de finales del siglo XIX con el propósito de que sus patrias chicas –Bizkaia/Vasconia y Cataluña- se apearan de aquella España renqueante de la que formaban parte intrínseca ab origine. Las frustraciones de los conflictos carlistas, la representación de la guerra de Sucesión como una lucha por la independencia política de los territorios de la Corona de Aragón, el auge del nacionalismo cultural en Europa y el desastre del 98 suministraron el caldo de cultivo necesario para el alumbramiento de esas orientaciones disgregadoras.

Un siglo después la lluvia no amaina. La pertinaz obstinación separatista ha cobrado vigor en Cataluña y en el País Vasco. La circunstancia da la razón a Ortega y Gasset cuando,

refiriéndose a Cataluña, sostuvo en las Cortes de la Segunda República que

“el problema catalán, como todos los parejos a él, que han existido y existen en otras naciones, es un problema que no se puede resolver, que sólo se puede conllevar”. Y razona esta afirmación como sigue: *“El problema catalán es un caso corriente de lo que se llama nacionalismo particularista...¿Qué es el nacionalismo particularista? Es un sentimiento de dintorno vago, de intensidad variable, pero de tendencia sumamente clara, que se apodera de un pueblo o de una colectividad y le hace desear ardientemente vivir aparte de los demás pueblos o colectividades. Mientras éstos anhelan lo contrario, a saber, adscribirse, integrarse, fundirse en una gran unidad histórica, en esa radical comunidad de destino que es una gran nación, esos otros pueblos sienten por una misteriosa y fatal predisposición, el afán de quedar fuera, exentos, señeros, intactos de toda fusión, reclusos y absortos dentro de sí mismos.”* *“Y no se diga –continúa Ortega, y ello me parece crucial- que es, en pequeño, un sentimiento igual al que inspira los grandes nacionalismos, los de las grandes naciones. No, es un sentimiento de signo contrario. Sería completamente falso afirmar que los españoles hemos vivido por el afán positivo de no querer ser franceses, de no querer ser ingleses. No, no existía en nosotros ese sentimiento negativo, precisamente porque estábamos poseídos por el formidable afán de ser españoles, de formar parte de una gran nación y disolvernos en ella...En cambio, el pueblo particularista parte, desde luego, de un sentimiento defensivo, de una extraña y terrible hiperestesia frente a todo contacto y toda fusión: es un anhelo de vivir aparte. Por eso el anhelo*

particularista podría llamarse, más expresivamente, apartismo o, en buen castellano, señorismo”.

Ortega también apunta que “en el pueblo particularista, perpetuamente en disociación, se dan dos tendencias: una sentimental, que le impulsa a vivir aparte; otra, en parte también sentimental, pero, sobre todo, de razón, de hábito, que le fuerza a convivir con los otros en unidad nacional. De aquí que según los tiempos, predomine la una o la otra tendencia...”

El nacionalismo catalán, casi un siglo después y tras instalarse inmejorablemente en el puente de mando de la España de la Constitución de 1978, ha mutado en un independentismo desaforado contra la historia común, contra la razón, contra la construcción europea, contra la ética, el Derecho y la convivencia. Todo comenzó a agravarse con la grave crisis económica que estalló diez años atrás. Los 30 años de gobiernos nacionalistas prepararon el terreno a un movimiento que propugna la ruptura inmediata de unos lazos políticos y afectivos multiseculares y condena a la extranjerización a quienes no se pliegan a sus designios, que son más de la mitad de la población.

El independentismo es totalitario en sus métodos, toda vez que sitúa por encima de cualquier otra consideración la fuerza de su voluntad. Desprecia la ley democrática, pues ve en ella un corsé que le impide desplegar su potencial. Permítanme traer a colación una cita del ensayista italiano Claudio Magris: “Contraoponer la “legitimidad” a la legalidad apelando a valores cálidos (la comunidad, la inmediatez afectiva) en contra de la frialdad de las democracias significa destruir las

reglas del juego político. Invocar el amor en contra del Derecho es la profanación del amor que se usa como instrumento para negar a otros hombres la libertad e incluso el amor”.

VI. El antídoto, un reto y una esperanza: más España, más Europa y mayor compromiso con un mundo inestable y complejo

Se habrán percatado ustedes cómo desde una visión panorámica de los rasgos que a mi juicio cabe predicar de la España de hoy he dirigido el foco a uno de los mayores problemas que aquejan a esa misma España, el del independentismo catalán, que por su virulencia ha dejado en un segundo plano al que persiste en el País Vasco, el cual recurrió durante cinco décadas en la inmoralidad más absoluta a la aniquilación del diferente por medio del terrorismo.

Frente a estos desafíos tenaces, que explican el ensimismamiento imperante en España, los españoles debemos perseverar en la construcción de una comunidad política de ciudadanos libres e iguales, sin simas discriminatorias, una España catalizadora de la construcción europea, orgullosa de sus contribuciones a la historia universal, reconocedora de sus errores, abierta, solidaria y comprometida con la paz, la justicia, los derechos humanos y la habitabilidad del planeta; una España acogedora y amable y no una España hostil y engreída.

La España de hoy, como la de ayer y la de anteayer, tiene sus cuitas. Contamos, con todo, con espacios de libertad, con un elevado grado de protección de nuestros derechos y

libertades fundamentales y no tememos a los guardias, sino que vemos en ellos a los garantes del ejercicio de nuestras libertades. Disponemos de infraestructuras envidiables. En España hay arte a raudales, mujeres “empoderadas”, buenos caldos para un buen yantar y hasta tenemos un ministro cosmonauta: convendrán conmigo en que no somos un país insípido sin necesidad de recrearnos en esa propensión cainita que llevamos dentro.

Jaime Gil de Viedma lo vio de esta guisa en un fondo de vaso:

“De todas las historias de la Historia, la más triste sin duda es la de España, porque termina mal. Como si el hombre, harto ya de luchar con sus demonios, quisiera terminar con esa historia de ese país de todos los demonios.”

Pero España continúa en pie y goza de fortaleza.

Somos 48 millones de habitantes –de los cuales alrededor de dos y medio reniegan de su condición-. Siempre nos quedarán la impronta dejada por nuestros mayores en la historia de la humanidad y ese paisaje de nuestra geografía, hermoso y ejemplar “como una naturaleza ética de la que debemos aprender” a imagen y semejanza de nuestro 98 (Umbral).

VII. Cierre con reiteración del agradecimiento por la labor estimulante de la KUL

Uno de los mayores incentivos para los españoles en su empeño por trabajar por una España mejor es, sin ningún género de dudas, la amistad y el afecto que percibimos en tantos lugares del mundo donde florece y se multiplica el interés por nuestra lengua, nuestra cultura y nuestra historia.

He de reconocer –y lo hago con suma satisfacción- que en esta Polonia que tantas lecciones de sacrificio, de valor y de dignidad ha dado al mundo abunda un aprecio genuino por España, el mismo que expresó en tantas ocasiones Su Santidad Juan Pablo II, quien la visitó en cinco viajes.

Por todo ello, permítanme transmitirles mi más sentido agradecimiento por “llevar a España en sus corazones” al tiempo que les animo a continuar, alumnos y profesores, con su formidable labor.

Gratias agimus vobis.